mos con esa peste bubónica de la traición que la influencia cubana intenta darnos, bueno es de todos modos poner á los incautos en guardia contra su hálito envene nado. Les teníamos lástima, porque, en su lucha contra España, eran la parte débil. Por eso los acogiamos. Pero esa misma debilidad oculta la ponzoña. El elemento cubano insurrecto trae á este país el desamor á la patria. No es el extranjero laborioso que lleva á su tierra de adopción el contingente de su trabajo, de su capital ó de su inteligencia: es el propagandista intrigante de la traición, á la raza primero, á la patria en seguida.

F. G. COSMES.

Los IMPUNES DE LA PRENSA.

".....Ah! si pudieran ponerse
en manos de un gendarme los
periodistas espúreos; si estuvieran comprendidas en el Código Penal estas faltas de vergüenza, corrección y delicadeza; si fueran consignables al Valle Nacional esos rateros de honras que convierten la pluma en una arma blanca de salteador, la Prensa se libraría de muchos intrusos, cuyos nombres no puedo publicar por su propio decoro." El Mundo, México, 12 de Mar-

FRANCISCO BULNES.

Abjuración.

Abjuración.
".....Si escribí en La LinterNA, periódico horriblemente grosero, difamador y no recuerdo si
también calumniador.
".....Es cierto lo que dice EL
CORREO Español, he escrito con
una violencia extremada contra
el Ejército Tuxtepecano, contra
el actual Presidente, sus amigos,
sus Generales, sus Magistrados,
contra todo el mundo...
".....Todo lo que dice EL CoRREO que ataqué es perfectamente cierto, y si no le doy permiso
para que lo reproduzca, es porque no soy dueño de las reputaciones agenas. Sólo EL Correo
es capaz de creer que un ofensor es capaz de creer que un ofensor puede dar permiso de que sin res-ponsabilidad legal, se publiquen las injurias, calumnias y difamaeiones que agravian á multitud

eiones que agravian a multitud de personas.

"....Por haber observado tal conducta.... tengo rota la cabeza eerca de la sien derecha. he sido apaleado.... fui apedreado y una pedrada me hizz padecer del pulmón ocho meses; he recibido de un capitán dos balazos a quema ropa, des oficiales estuvieron a punto de extrangularme.. he contribuído a que la sociedad vea en la Prensa un monstruo.. todos los que me han agredido han tenido razón: si me hubieran matado, hubieran hecho bien..."

cho bien..."

EL Mundo, México, 13 de Mar-zo de 189i.

FRANCISCO BULNES,

Uno de los tipos más curiosos, pero también de los más ridículos en este mundo de fanfarrones, es el del charlatán. No han abierto aún la boca para desembuchar sendas barbaridades cuando ya están anunciándose, en traje de arlequín, á fuerza de bombo y de tambora. El gran negocio y el principal objetivo de estas

giraflas, animales inofensivos, es causar escándalo; para esto se necesita meter ruído, mucho ruído. Salga el sol por donde saliere, la cuestión para ellos es gritar hasta desgañitarse, lanzando á la multitud de incautos todas sus pamplinas, necedades y extravagancias. Al fin y al cabo algo se pesca entre los penitentes; es un sistema expeditivo, algo así como el de los curanderos de callos y de enfermedades secretas. Descarados y atrevidos hasta la temeridad, con ínfulas de sabios, haciendo á un lado deberes y conciencia, venden drogas que envenenan, confeccionan pildoras que adormecen, sacan muelas sin dolor arrancando hasta las quijadas, y con la más increíble petulancia, entre vivas á la Libertad, á la Independencia, al Progreso y á la Civilización, condimentados con una letanía disparatada de términos técnicos que asombra á los ignorantes, extraen y presentan sucia solitaria, infamando con temerario é inaudito desenfado cuanto tienen de respetable y de honrado la ciencia, la sociedad y la historia.

Al leer esa hoja suelta lanzada por Don Francisco Bulnes á los cuatro vientos á guisa do anuncios del doble beneficio de Bell del Circo Orrin, ó de cual no otro supuesto desinfectante de materias corrompidas, nos hemos imaginado ver á este aturdido y furioso campeón del filibusterismo yankee-cubano, con vestidura de gitano y lanceta en ristre, ante sus antiguas conocidas las cien mil vírgenes del Japón, recitándoles sus pulcros editoriales estampados en su libelo infamatorio La Linterna. Y viniéndoseos à la mente su última é incomprensible retractación por cierto bien humillante, hemos tenido que convencernos que no carece de fundamento el rumor existente hace tiempo, de que el pobre de Don Pancho hace meses que está enteramente desequilibrado y no tiene ya remedio. Eso de escribir y de estampar en letras de molde disparates garrafales, graves é inicuos insultos, para después tirar la espada, arrinconarse y gritar ante el mundo: Pequé, perdón, yo mereci que me hubieran matado á palos, y volver en seguida á las andadas, eso será muy conveniente y cómodo á ciertos caracteres, eso será un procedimiento cual no otro para decir la buena ventura; pero eso atrae consigo hacia Don Pancho el más absoluto descrédito como escritor digno y correcto y como sabio en ciernes. Cuando menos hay perfecto derecho para entender que no está muy distante el día en el que el entusiasta director de *La Linterna* publique y autorice una nueva y más incomprensible retractación, pues que la experiencia tiene bien demostrado que quien hace un cesto hace ciento del mismísimo tejido. Y Don Pancho parece ser un tejedor de *primo cartello* con *solitaria* y sin ella.

Mientras se desdice, he aqui los hechos claros, precisos y enteramente bien exactos y comprobados, para

que la sociedad observe y juzgue.

Un escritor honorabilisimo, honra bajo todos puntos de vista de la República Mexicana, apreciado y justamente estimado en la culta sociedad por sus virtudes, por su saber y por su vasta erudición, retó al Sr. Don Francisco Bulnes á una discusión esencial y meramente filosófica con respecto de Cuba, considerada en sus relaciones con el criterio político-americano, y los intereses de México. Esta discusión tenía por objeto único, honrado, leal, por completo conveniente y simpático: el de instruir, enseñar é ilustrar determinando con el más recto y sano criterio los verdaderos y positivos intereses del pueblo mexicano respecto de este particular, y destruyendo para siempre falsísimas creencias que desvirtúan y ponen en conmoción constantemente las individualidades mexicana y española, sobreexcitando torpe y apasionadamente sus ánimos. Era un torneo que todos esperábamos presenciar con ansia, porque todos habíamos de aprender en una polémica semejante al realizarse con dignidad, mesura, sin odios, sin pasión y sin míseras aspiraciones.

El señor Bulnes aceptó de plano el reto; se nombraron árbitros y se establecieron clara y perfectamente las bases y puntos para la discusión, conviniendo EL Correo Español en que los artículos de ambos contendientes se publicarían en ese periódico. El Sr. Bulnes exigió que el primer artículo sería escrito por él, y en ello convino el Sr. de Olaguíbel y Arista.

Transcurrieron una, dos, tres y cuatro semanas y el Sr. Bulnes, cuya facilidad para escribir es asombrosa, no remitió producción alguna. El Sr. de Olaguíbel, siempre leal y circunspecto, guardó silencio y esperó pero esperó inútilmente, hasta que interpelando amistosa y respetuosamente al Sr. Bulnes respecto á su falta de cumplimiento, recibió por contestación, poco más ó menos estas palabras: «la guerra en Cuba está ya terminando, y he considerado y considero inútil la pro-

yectada polémica»

El Sr. de Olaguibel, ante semajante declaración, creyó que esa discusión no se realizaría ya, y como quiera que él había estado estudiando y trabajando con toda dedicación, preparándose para el combate, entendió que estaba en su más pleno derecho para publicar en El Correo Español alguno de los artículos que ya tenía escritos. Todos cuantos los han leído, habrán observado ese estilo correcto y dignísimo que se reconoce en todas las producciones periodísticas del Sr. de Olaguibel; ni una frase, ni una palabra altizonante que hiera, que lastime siquiera la más exigente susceptibilidad. Todo en esos artículos es moderación y prudencia; podrá quizás no estar en lo cierto, como no lo estaremos nosotros, que en lo absoluto apoyamos cuanto está contenido en en esos artículos, pero nadie podrá negar que no existe ni la más insignificante imprudencia ó incorrección.

Publicados ya tres artículos del Sr. de Olaguíbel, el Sr. Bulues, á quien sin duda alguna, sus admiradores le hicieron entender que era ya bien ridícula su situación silenciosa, manifestó que, en manera alguna rehuía la convenida polémica, y que si nada había escrito era debido, á la picara influenza que lo había agobiado, no á tal grado, que le impidiera escribir diariamente en El Mundo, y pasearse en Plateros y San Francisco, sin abandonar por supuesto sus labores del día, como Pro-

fesor y como Diputado.

De este modo cumplía el Sr. Bulnes su espontáneo

y voluntario compromiso de remitir y publicar en El Correo Español su primer artículo, artículo que era indispensable remitiera para dar principio á la polémica convenida. No enviando dicho artículo, el Sr. de Olaguibel estaba obligado á esperar y á guardar silencio; se obtenia un fin bien estudiado y apetecido por el Sr. Bulnes, cual era el de que la polémica no se realizara ya. ¿Por qué? La razón es bien clara: en un momento de soberbia é irreflexión aceptó el reto dirigido por el Sr. de Olaguibel; después comprendió que al aceptar semejante combate contra un adversario tan entendido, ilustrado y correctísimo, había lanzádose al abismo, pues que su derrota era inevitable, dada la justicia que amparaba al Sr. de Olaguíbel y dados los poderosos é incombatibles elementos que á este caballero-le presta-

rian la ciencia y la historia.

Todo lo que pudiera hacer el Sr. Bulnes para impedir en lo sucesivo el que esa polémica se estableciera. había de hacerlo, costara lo que costase. No escribiendo el dicho primer artículo, no había discusión posible: su adversario se cansaría de esperar, y en definitiva, agotada su paciencia, llegarían á este común acuerdo, desentenderse de una discusión que no podía realizarse ya desde el momento que una de las partes, el Sr. Bulnes, la consideraba enteramente inútil. Pero el Sr. de Olaguibel no quiso consentir en esta pobre jugada del ex director de La Linterna; comprendió que si el Sr. Bulnes no cumplía con su formal compromiso, él si debía cumplir con el suyo, y publicó, como lo hemos indicado, algunos de sus artículos, convencido de que prestaria al menos un positivo servicio al pueblo mexicano demostrando lo que él habíase decidido á comprobar, esto es, que á los verdaderos intereses de la República de México no era conveniente ni debido el apoyar la actual insurrección cubana, y mucho menos el malquistarse sin motivo é injustamente las sinceras simpatías de España, siempre fiel amiga de su patria. En estas circunstancias es como buscó el Sr. Bulnes un chivo expiatorio, esa influenza, enfermedad mañosa, loca é incomprensible que.

à la vez que le permitia à diario el llenar cuartillas mundanas, le imposibilitaba de ocuparse de la polémica con el Sr. de Olaguíbel. Nadie quiso creer en semejante capoteo y no hubo más remedio; fué preciso salir al frente, viéndose oblígado el Sr. Bulnes à manifestar públicamente que escribiría un artículo-contestación. Del mal el menos: aun cuando ya no se trataba del primer artículo que habíase comprometido solemnemente à remitir al Correo Español al aceptar el reto propuesto, se nos brindaba un artículo al fin; y un artículo contestación.

*

La influenza hizo crisis cuarenta y ocho horas después de esta última retumbante promesa, y cuando menos lo pensó el Sr. Olaguibel, se encontró en poder suyo con una Catilinaria de Dios Padre y muy Señor mío. Era el parto acrimonioso de la perniciosa influenza, esto es, el parto del Sr. Bulnes. ¡Qué artículo! En todo cuanto ha escrito respecto de esta cuestión el Sr. de Olaguíbel, no se encontrará por el caballero más exigente una frase, pero ni una palabra siquiera, que no sea todo prudencia y finísima corrección; según es su costumbre. Olaguibel jamás provoca, jamás lastima ni hiere; podrá equivocarse, pero su estilo es siempre digno, pulcro y reposado. La pretendida contestación del Sr. Bulnes es una letanía sin fin de provocación, insultos, diatribas y necios y gratuitos desahogos contra España y contra los españoles: el más furioso insurrecto cubano no escribe lo que el convaleciente de esa traidora influenza estampa en ese delirante artículo nieto, biznieto y tataranieto de La Linterna. El plan del Sr. Bulnes dejábase aún traslucir perfectamente bien: era preciso que no se realizara la polémica convenida, pues que su derrota era infalible. Se le exigia que luchara, y se resolvió á luchar en definitiva como luchan los mambisis, esto es, con el célebre y tan decantado cañón yankee lanza-dinamita, colocado en bateria adentro de la manigua, muy adentro. Su adversario presentaba noblemente su pecho correcto, dispuesto á luchar con toda dignidad, con toda honradez. Al recibir ese artículo, negación completa de la historia, con la pretensión de que se publicara en EL CORREO ESPAÑOL, el Sr. de Olaguíbel había de irse de espaldas y debía sacrificar cuanto es sacrificable antes que obligar á una publicación esencial y resueltamente española á que diera á la estampa en sus propias columnas ese enjambre de torpes insultos y de míseras y crueles ofensas á la honra y á la dignidad de todo el pueblo español.

El Sr. de Olaguibel es demasiado honrado para pretender envenenar así, mortal é ignominiosamente un periódico como *El Correo Español*, consagrado por completo á la defensa del buen nombre de España.

Por otra parte, El Correo Español jamás habría permitido ni tolerado semejante desacato; jamás permitiria ni toleraria que, en sus columnas, osado alguno manchara la reputación de España y zahiriera en lo más mínimo al pueblo español por cuyo honor está dispuesto y resuelto á sucumbir, aquí y á donde quiera que sea. Bien comprendia todo esto el Sr. Bulnes; bien sabía que nadie en el mundo tolera el que en su propia morada se le ultraje; pero el propósito del Sr. Bulnes se realizaba seguramente, procediendo así: la polémica se hacía en lo absoluto imposible; de este modo rompia abiertamente con el Sr. de Olaguíbel, y amparado en una negativa decorosa, digna y bien merecida, se salia por la tangente, y armado de escalera y engrudo, lanzábase á pegar en las esquinas, cual no otros anuncios de fiebre palúdica, sus delirantés é iracundos desahogos, remitiendo al mismo tiempo por express, como mercancía averiada, á Buenos Aires, Japón, China, y Cochinchina, copias de su producción

Después de su última retractación en *El Mundo*, en la que declara y previene que por su torpe conducta como escritor mereció que lo mataran sin consideración alguna, el Sr. Bulnes había rodado ante la opinión pública: ahora, ante el reto del Sr. de Olaguíbel, era preciso suicidarse á lo insurrecto, con una fuerte dosis de bom-

bo y de tambora. No le quepa ni duda al autor de ese artículo contestación: del mismo modo que la dama más honorable, por hermosa que sea, se mancha para siempre al lanzarse al libertinaje, el escritor que se revuelca en el terreno de la gratuita falsedad, de la injuria, pierde en lo absoluto todo crédito y todo respeto ante la culta sociedad.

El Sr. Bulnes, como caballero, resueltamente es digno de sincera estima; pero como escritor, va á hacer reír y á darles buen gusto á esas *fermosas* doncellas del Japón á las que se ha dirijido como si fuesen sus amigas predilectas.

A nuestro entender el Sr. de Olaguíbel procedió con la mayor corrección, dirijiéndose á los señores jueces árbitros nombrados, remitiéndoles ese artículo del Sr. Bulnes, cuyo contenido era y es por completo contrario à la verdad histórica, inconveniente é improcedente, al grado de que ni el mismo Mundo, periódico del Sr. Bulnes, ha consentido en enlutar con semejante producción sus columnas. El Sr. de Olaguibel no podía obrar de otra manera: la discusión que se convino en establecer estaba sujeta de antemano á puntos clara y precisamente determinados, de los que ninguno de los dos contendientes debía ni tenía derecho para salirse, pues que voluntariamente habíanse colocado dentro de un perímetro señalado infringible. El Sr. Bulnes, hombre de raro talento, pero mal empleado, sin disputa alguna, comprendió desde luego el golpe terrible que se le asestaba, y fingiendo asombro y profundo descontento, protestó contra lo ejecutado por su adversario, alegando que sus escritos jamás permitiría los sujetasen á prévia censura, y exigiendo al Sr. de Olaguíbel una contestación categórica, terminante, sobre si su artículo se publicaba ó no en El Correo Español.

Cualquiera habría creído ante tal protesta, que el Sr. Olaguíbel remitió el escrito de su contrincante á algún inquisidor en lugar de enviarlo como lo hizo á dos íntimos amigos del Sr. Bulnes, uno de ellos juez árbitro nombrado por él, y el otro, su compañero y confidente

inseparable en la prensa desde hace muchos años, á cuyos caballeros desafiamos que se atrevan á autorizar, bajo su firma, al Sr. Bulnes, para que sepubli que en El Correo Español, dentro de la polémica convenida, semejante artículo. Cualquiera habría creído también que el Sr. Bulnes habría esperado, para proceder como le conviniere, la categórica contestación que exigía al Sr. de Olaguibel respecto de la publicación ó no publicación de su escrito en El Correo. Nada de esto: al día siguiente de recibir esa contestación negativa, el Sr. Bulnes declaraba urbi et orbe: que QUE HACÍA YA CUATRO DÍAS que copias impresas de su artículo iban viajando rumbo å Buenos Aires, Perú, Madrid y el bien aventurado y nunca conquistado Japón, cielo azul de sus virginales ilusiones. De manera que el Sr. Bulnes estaba bien preparado: tenía y tuvo siempre plena conciencia de que su imprudente artículo, respirando expresamente acendrado odio á España y á los españoles, no sería publicado en El Correo, y aun cuando su solemne compromiso era, que precisamente en ese periódico se realizara la polémica, se desentendía de esta terminante condición, imprimía con anticipación millares de hojas sueltas, y trasvertido en furioso vendabal las arrojaba á los confines del globo á guisa de confetti, clamando á víctima y simulando sorpresa y enfado contra el Sr. Olaguibel y contra El Correo Español.

Esta es la conducta, estos son los procedimientos observados por el Sr. Bulnes: hemos querido analizar-los porque nos hemos propuesto combatir, no á Francis-co Bulnes, hombre de saber y digno de respeto y de estima, sino al escritor torpe y temerariamente osado, que maneja conscientemente su atolondrada pluma, mojándola con pestilente esencia de los más increíbles y míseros errores.

Establecidos así hechos positivos, y dada esta explicación, vamos á ocuparnos de destruir por completo cuantas aseveraciones ha señalado el Sr. Bulnes en su mencionado artículo-contestación.

* *

Desde luego, ese artículo será todo lo que quiera, menos contestación á los artículos publicados por el Sr. de Olaguibel, quien, respetando en lo absoluto cuanto con él convino el Sr. Bulnes, expresamente se limita en sus escritos á discutir respecto de la única base señalada en la propuesta polémica, esto es, la cuestión de Cuba considerada en sus relaciones con el criterio político americano y los intereses de México. Desde luego manifestamos también que esa polémica, en los términos aceptados mútuamente, es ya imposible, y no puede ni debe realizarse, porque el Sr. Bulnes ha faltado conscientete al compromiso que contrajo, declarando además, según afirmación del Sr. de Olaguibel á quien damos todo crédito, que él, Bulnes, no tomaría ya participación en la discusión por considerarla inútil, debido á que la guerra en Cuba estaba terminada. Cualquier tribunal honrado tendría que declarar que el Sr. Olaguibel, atendiendo los procedimientos impropios é inconvenientes del Sr. Bulnes, está perfectamente autorizado con pleno derecho para retirarse con todos los honores, y no aceptar ni admitir ya, discusión alguna sobre el particular con quien, como el Sr. Bulnes, abandonó de hecho el campo. El Sr. de Olaguíbel tiene otro motivo poderoso y justificado también para apartarse de su adversario: él propuso una discusión honrada y digna, con la más sana intención; él entendió siempre que cuanto se escribiera en el curso de esta polémica seria correcto, levantado y de entera conformidad con un criterio bien fundado, ajustándase á elevados sentimientos y á la historia fiel y justiciera; pero en manera alguna á caprichos y arranques de indignas pasiones. El Sr. de Olaguibel no obrará así, como lo indicamos; contestará al Sr. Bulnes, no por consideración ni por galanteria, como parece entenderlo su contrincante, sino que contestará para hacerlo pedazos, aprovechándose de las muy penosas condiciones y circunstancias en las que el Sr. Bulnes se ha colocado. Si la causa del Sr. de Olaguíbel era antes simpática y justa, hoy lo es en grado superlativo, en atención á ese imprudente y disparatado artículo que en mala hora escribió el Sr. Bulnes, ofendiendo EXPRESAMENTE á España (textual), según él mismo lo declara en El Mundo, al tener el honor de presentar á la sociedad á un escritor como el Sr. de Olaguíbel, VERDADERAMENTE DECENTE (textual.)

Y sin embargo, está el Sr. Bulnes tan deseoso y engreido de mortificar y maltratar al mundo entero, que no obstante esa galante presentación condimentada con verdadera decencia, agrega á reglón seguido: «Siempre crei que á pesar de la decencia y elevadas miras de mi adversario el Sr. Olaguíbel, se me había de invitar á un Ateneo para recibirme en una PLAZA DE TOROS.» ¡Brillante reverso de medalla! ¿Qué diria el Sr. Bulnes si alguien, á su vez, se propusiera presentarlo ante esa misma sociedad como perfecto gentleman, asegurando que aunque el Sr. Bulnes visitaba con las más gentiles ceremonias, recibia á sus invitados en el Circo Orrin en plena Acuática ó en estrepitoso y apayasado Bautismo en Carnaval, para leerles su artículo escrito con toda deliberación para expresamente ofender á España y á cuanto español existe en el orbe? No exageramos, pues es un hecho cierto que nadie más que el Sr. de Olaguíbel es el que ha invitado al Sr. Bulnes á una discusión exenta de ofensas y de insultos, y nadie más que él lo ha recibido en El Correo Español, pero no para dar cornadas, sino para razonar y respetar en lo absoluto la verdad, y los miramientos debidos la á justicia. El Correo Español gustosamente prestóse á ese recibimiento, contrariando con toda resolución benévolos consejos y serias indicaciones de honorabilisimos españoles que desconfiaban del futuro proceder del Sr. Bulnes. El Correo Español no previó jamás un atolondramiento semejante; confiado en el bien obrar, esperó siempre la más caballerosa conducta de parte del invitado. El Correo Español conocia los escritos del Sr. Bulnes en La Libertad, en El Universal y hasta en el mismo Mundo, en cuyas publicaciones nunca, ni una sola vez, el Sr. Bulnes se ha permitido ofender groseramente al pueblo español, sino que antes bien, las demostraciones suyas han sido de positiva simpatía para esa España, á la que ahora ha pretendido neciamente arrastrar por los suelos.

El Correo Español jamás entendió que el Sr. Bulnes se colocaría en nuestras columnas para defender con tesón la dignidad y la honra española, puesto que se presentaba con el exclusivo objeto de sostener á malhechores que roban, incendian y aniquilan sagrados y legítimos intereses de España, asociados con miserables aventureros, hipócritamente cubiertos con la bandera de la Libertad; pero El Correo Español, si estaba seguro, si esperó que un caballero que, dentro de su propia casa, tenía toda la moderación, toda la prudencia debida para respetar el derecho de los demás y respetarse á sí mismo, por motivo alguno se permitiría en lo más mínimo, olvidando todos sus deberes, el introducirse en casa ajena, resuelto á injuriar y ultrajar gravemente á quien lo distinguía y honraba recibiéndolo. Era lo menos que podíamos merecer nosotros, finísima prueba de esmerada corrección; era lo menos que podríamos hacer, cerrar la puerta á quien pretendía faltar á todas las convenien-

Dice el Sr. Bulnes en el Mundo: «..... mi artículo está exento de ataques personales, del criterio de turba con que se intenta combatirme, no espero más que la sociedad me otorgue su simpatía, al ver que se me arrojan piedras rebuscadas dentro del lodo, contra argumentos recogidos de empeñosos estudios. Yo no penetro en la filosofía de las cuestiones como amante sino como lógico, y sólo me preocupa perseguir la verdad y mostrarla como la encuentre, horrible, hermosa, siniestra ó ideal.»

Nada de todo esto es cierto, Sr. Bulnes, á excepción de esa verdad IDEAL que usted ha perseguido y alcanzado, y la que con tanto ahinco muestra usted en su injurioso artículo, precisamente porque como IDEAL no existe esa verdad sino en su calenturienta imaginación. Para esto no se necesita de empeñosos estudios, ni penetrar con

amor ó sin él en la filosofía de las cuestiones, v es verdadera temeridad el esperar las simpatías de una sociedad ilustrada á la que usted se empeña en sorprender con apasionadas ficciones v verdades ideales. La sociedad observa que para discutir con el Sr. de Olaguíbel y convencerlo, no ha necesitado usted el zaherir v ofender grave y escandalosamente á un pueblo, á una nación digna de toda consideración, de toda estima v de todo respeto; la sociedad entiende que no es ni debido ni decoroso el lastimar la honra y la reputación de hombres que humanamente son nuestros hermanos; que no son ni responsables ni tributarios del odio mal reconcentrado que usted demuestra profesarles por sólo el hecho de ser hijos de esa España que usted ensalza un día y maltrata después; la sociedad no admite como un acto justificado, de parte de usted, el que, faltando á la ciencia, á la verdad real y positiva y á la imparcial historia, empeñosa y expresamente usted presente à esa nación como más infame y desgraciada que el país más inculto y miserable del Africa, y á sus hijos como una raza maldita de desgraciados y de agiotistas; la sociedad tiene plena constancia de que esa nación, que tan caprichosa v cruelmente pretende usted despedazar, es estimada v respetada en el orbe entero por su heroicidad, por su ilustración, por su cultura por su templanza y por su patriotismo nunca desmentido; que esos españoles, con especialidad los que en México residen, luchan y trabajan sin descanso en la labor honradisima, formando aqui idolatrados hogares, fortunas cuantiosas para sus hijos mexicanos, cooperando con noble ambición, con resolución cariñosísima á toda prueba, al adelanto y al progreso de la República de México en todos los ramos de las ciencias, artes, agricultura, industria y comercio. La sociedad observa que cuantos combaten hoy los graves errores de usted son mexicanos tan dignos y decentes como el que más puede serlo; que no luchan contra Francisco Bulnes, sino contra el escritor que, agobiado por mezquinos impulsos, desconoce á Dios, desconoce á la libertad, desconoce á la cultura, á la civilización, á la verdad, á la